

PAPIRO

Día 19

Los Tres Amuletos

Valle de los Reyes – Egipto.

Aunque la madrugada aún no desaparecía del todo, el calor ya comenzaba a sentirse en el campamento. Nafir se secó la frente y observó fijamente el fragmento central del papiro. A pesar de la humedad, su rostro se mantenía seco. Sus labios sedientos se entreabrían instintivamente, buscando atrapar algunas gotas de rocío. Se remangó la camisa y, con mano temblorosa, acercó la lupa al fragmento para apreciar mejor los detalles.

Observó, sorprendido, que tenía escritos cinco jeroglíficos, pero no lograba descifrar su contenido, pues desconocía si formaban una, dos o más palabras. La ausencia de separadores y signos de puntuación en la escritura del Antiguo Egipto complicaba la lectura. Había logrado identificar tres de ellos: el ankh (☩), el escarabajo (𐐡) y la diosa Hathor (𐎃𐎗𐎟). Complacido, suspiró, murmurando para sí mismo:

—El ankh significa vida, el escarabajo es símbolo de resurrección, y la diosa Hathor ayuda a los fallecidos en su transición hacia el más allá.


Se quedó pensativo durante un rato, tratando de dilucidar dónde los había visto.

—¡Claro! —exclamó al recordar a Sofía y los amuletos que usaba como adornos. Se llevó la mano al mechón, incrédulo. Era demasiada coincidencia. Al percatarse de que se correspondían uno a uno con estos tres jeroglíficos, se preguntó: “¿Será el mismo mensaje?”

Su mano volvió a temblar y casi suelta la lupa, pero logró apoyarla sobre la mesa. Emocionado, se levantó de un salto, llevándose ambas manos a la cabeza. Miró hacia el horizonte y salió apresurado de la tienda. La emoción lo embargaba. Incapaz de quedarse quieto, caminó sin rumbo fijo durante algunos minutos. Convencido de lo que esto significaba, regresó a su lugar y exclamó:


—¡No lo vi! ¡Todo el tiempo estuvo allí!

Su mente recreó la imagen de Sofía, actuando como sacerdotisa en el mito de Osiris, y le quedó claro que Isis representaba a la diosa Hathor. El mensaje de Sofía a través de sus amuletos siempre fue:

<<Hathor te ayudará a resucitar y a alcanzar la vida eterna>>, escrito con los mismos ideogramas: .

Este hallazgo fortuito e inesperado lo animó a continuar con la traducción.

—No es una tarea fácil —se dijo, recordando que un mismo jeroglífico podía tener varios significados, dependiendo del contexto, de la posición y del orden que ocupa en la escritura.

A pesar de las dificultades, su motivación insufló energía a su agotado cuerpo. Con renovado ímpetu, volvió a acercar la lupa al fragmento y detectó una peculiaridad. Flanqueando los tres jeroglíficos ya descifrados, había otro: una intrigante mezcla de tres más —una balanza, un corazón humano y una pluma de avestruz () . Los examinó aún más de cerca y confirmó que los dos jeroglíficos diminutos en la balanza eran, efectivamente, el corazón y la pluma. La configuración y estructura de los cinco jeroglíficos lo dejaron en un estado de perplejidad absoluta, como cuando se descubre algo que va más allá de lo esperado.

Aún quedaban por leer otros fragmentos del papiro que podrían proporcionar contexto y facilitar la traducción completa del mensaje. No obstante, no lo consideró necesario. Un destello del recuerdo del mito del Juicio de Osiris iluminó su mente, dándose cuenta de que concordaba con lo que había traducido hasta ese momento. En un murmullo apenas audible, pronunció:

—Estos jeroglíficos narran el Juicio de Osiris, que determina si el difunto, al morir, era justo y podía aspirar al paraíso. En un plato de la balanza se colocaba el corazón y en el otro una pluma de avestruz, representando a la diosa de la verdad, la justicia y el orden cósmico. Si el corazón, que simboliza la conciencia y la moralidad, pesaba menos que la pluma, el difunto merecía el paraíso, y la diosa Hathor lo asistía para resucitar y obtener la vida eterna. De lo contrario, el corazón era devorado por Ammit, y el alma dejaba de existir.

Esta interpretación le pareció similar a la parábola del Juicio Final. De repente, comprendió lo que los devotos de Hathor habían afirmado sobre su creencia de que la Iglesia había basado sus enseñanzas en los sagrados escritos de Horus.

La decodificación del fragmento le proporcionó a Nafir una valiosa visión. Como un destacado racionalista en Egipto, aprovecharía esta información para investigar el origen de los dogmas de fe. Sin embargo, eso no ayudaba a encontrar el ansiado antídoto.

Decidido a avanzar, fue en busca de Abdul y le preguntó:

—¿Alguna novedad?

Unos metros más allá, Abdul luchaba para mover unas piedras que obstruían el camino. Al levantar una de ellas, respondió:

—Aún nada.

Dejando caer la piedra a un lado, agregó tajante:

—Será mejor detenernos aquí.

El rostro de Nafir se tiñó de rojo mientras la sangre llenaba sus mejillas y exclamó:

—¡Eso no está a discusión!

Abdul, sudoroso y cansado, trató de suavizar su respuesta:

—No hay cámara sepulcral, solo hay una puerta falsa.

Al escucharlo, Nafir se tranquilizó y afirmó:

—Estamos muy cerca. La puerta falsa es el umbral entre el mundo de los vivos y el de los muertos, a través del cual el ka, o espíritu del fallecido, puede entrar y salir.

Aunque Abdul ya sabía esto, lo siguió escuchando sin interrumpir, pues vio que Nafir se acercaba a la puerta falsa y leía las inscripciones en jeroglíficos:

<<Sermy, escriba de los documentos reales. Padre ejemplar de su único hijo. Behka es su amado compañero>>.

Abdul ya no se contuvo. Lo interrumpió y preguntó:

—¿Amado compañero?

La sonrisa de Nafir lo desconcertó. Aún más, su respuesta:

—No. No es lo que te imaginas.

Abdul agregó:

—Pero usaba aretes y tenía un amado compañero.

Nafir prosiguió diciendo:

—Bueno, nuestro deber es estudiar los textos y buscar la verdad.

Acto seguido, guardó el fragmento central del papiro, se despidió de Abdul y se dirigió a Luxor en busca de Amy. Tenía muy buenas noticias y quería compartirlas con ella cuanto antes.

Nafir sentía que estaba muy cerca de encontrar la revelación final, aquella que explicaría el origen del último dogma. Rogaba por que su agotado cuerpo resistiera hasta ese momento. No quería ser víctima del envenenamiento sin antes haber desentrañado la verdad.

El Rapto

Luxor – Egipto.

La suite quedó envuelta en penumbras cuando Amy cerró las cortinas. Solo un tenue rayo de luz se filtraba entre los pesados y brillantes cortinajes de seda ocre, importados de China y únicos en Luxor, según solía presumir el dueño del Hotel Sokar.

Amy, insegura, dio otro sorbo a su mojito mientras observaba con recelo la parada de autobús. Desconfiaba de todos y temía salir. A través de la ventana, divisó desde lo alto a una pareja que se movía sigilosamente y se escondía entre la multitud que caminaba por la acera. No lograba reconocerlos, pero intuía que la estaban buscando. Su miedo se había acrecentado desde que Sofía le reveló que los seguidores de Jepri la habían elegido y quería usurparla. A pesar de no tener interés en ello, se sentía vigilada, y esto la intimidaba.

De repente, un "toc toc" seco en la puerta la sobresaltó, haciendo que derramara su bebida sobre la blusa de encaje transparente que usaba para descansar. Estuvo a punto de gritar al oír la voz de Burn:

—Amy, necesito hablar contigo.

Aún asustada, logró responder en un murmullo:

—No me interesa.

Antes de irse, Burn insistió:

—Sé dónde está el fragmento faltante.

Eso fue suficiente para que Amy cambiara su actitud. Dejó el mojito sobre la mesa, se quitó el amuleto, cogió la orquídea y se la colocó en la sien.

—Espérame abajo —le dijo.

La preocupación por su padre no la abandonaba, y a pesar de sus temores, se apresuró a cambiarse.

Mientras tanto, Nafir llegaba a Luxor y se dirigía a grandes zancadas hacia el hotel. Amy salía de la habitación y bajaba al encuentro de Burn, quien sonrió maliciosamente y le dijo:

—No te detengas.

Le mostró discretamente un arma corta oculta entre sus ropas, la abrazó fingiendo ser su pareja y, bajo la mirada de todos, se alejaron del hotel.

Poco después, Nafir llamó a la puerta de la habitación de Amy. Pero, al no obtener respuesta, llamó preocupado al encargado del hotel. Este llegó con las llaves en mano, abrió la puerta y ambos entraron, sorprendiéndose al ver que la ventana estaba abierta y, en la

mesa de centro, en lugar de la orquídea blanca y el abrecartas, había un amuleto de escarabajo sobre una nota que decía:

<<Para el Dr. Taruf >>

El encargado se retiró. Nafir permaneció en la habitación, indagando entre las pertenencias de Amy. Angustiado al no encontrar algún indicio, arrugó el papel con la nota. Al tirarla al cesto de basura se percató de que, en el reverso, estaba escrito:

<<Burn sabe dónde está el fragmento >>

Nafir no tenía ninguna pista del paradero de Amy y temía por ella. Ahora que sabía que era su hija, su corazón palpitaba aceleradamente.

Ya había pasado por algo similar, cuando se enteró de que Burn había provocado el accidente de su hijo, y, si algo le pasara a Amy, no se lo perdonaría. En ese momento, tomó una decisión. Debía cambiar para salvar a su hija. Tendría que ser más agresivo para defender lo suyo.

Su reacción fue inesperada. Su rostro se transfiguró cuando se levantó de golpe; tomó el amuleto, se lo colgó para no perderlo y salió en busca de ella, decidido a hacer lo que nunca se hubiera imaginado siquiera, aunque eso significara trastocar sus valores.

A pesar de que su pierna le dolía, bajó deprisa por las escaleras para no perder tiempo y, después de un gran esfuerzo, llegó a la planta baja, abrió la puerta de servicio y vio que Sofía y Daryl entraban al elevador. Trató de hablarles, pero fue inútil. Las puertas se cerraron y solo alcanzó a ver que el indicador de pisos cambiaba conforme ascendían.

No lo pensó; en su desesperación, se ofuscó y comenzó a subir las escaleras que acababa de bajar, tratando de alcanzar el elevador para encontrarse con ellos, pero su cuerpo no le respondió. La intoxicación lo había ido debilitando y, poco a poco, perdía fuerzas. Se sentó y, agotado, descansó en uno de los entresuelos. Le costaba respirar y su corazón latía al límite, pero aun así, su ansiedad le dio la energía que le faltaba; se levantó y volvió a subir cuando escuchó risas y voces provenientes del exterior. Las escuchó con atención, se percató de que eran ellos y se detuvo. Aspiró profundamente, empujó la puerta y logró salir al pasillo, justo cuando Sofía volteaba y lo veía acercarse sin creer que fuera él, que apenas alcanzó a decirles:

—Hola —antes de desvanecerse entre sus brazos.

Daryl lo sostuvo y evitó que cayera: lo cargó y lo recostaron en el gran sofá rosa con estampados negros, propio de las habitaciones de lujo, reservadas para clientes distinguidos como Sofía, que seguía sin creerlo y dijo:

—Está irreconocible.

Daryl, al mirar el amuleto del escarabajo, preguntó:

—¿Y esto?

Sofía, sin sorprenderse, comentó:

—Seguramente se lo dio Amy —y enseguida agregó—: Lo quiere seducir.

Los ojos de Nafir se entreabrieron y balbuceó:

—Te equivocas —al momento que trataba de pararse y se caía.

Daryl lo tomó del brazo y lo ayudó a sentarse. Sofía guardó silencio y se acercó al perchero mientras Nafir continuaba hablando:

—Ella lo dejó en su habitación y yo lo tomé —y agregó—: Lo importante es saber por qué se la llevó Burn.

Al escuchar esto, Sofía, quien colgaba su bolso, volteó a verlo y afirmó:

—Para iniciarla.

Daryl y Nafir se miraron entre sí, como si se preguntaran el significado de lo que acababan de escuchar. Sofía continuó:

—La quiere convertir —y expresó su malestar, diciendo—: A mí no me convence su carita de ángel. Amy está de acuerdo. Quiere usurparme.

—¿Sabes en dónde podrían estar? —preguntó Nafir, poniéndose de pie.

—La conozco. Ela no es así. Estoy seguro de que Burn la obligó —intervino Daryl.

Nafir repitió la pregunta y Sofía respondió:

—En su privado.

Todavía agitado, y después de agradecerles el apoyo, Nafir se dio la vuelta y se dirigía a la salida cuando Daryl lo detuvo y le dijo:

—Espera, te acompaño a buscarla.

—¿Y la bóveda? —inquirió Sofía al escucharlo

Daryl se acercó a ella y murmuró:

—Mañana lo haremos —y enseguida regresó con Nafir y se marcharon.

Sofía, sin ocultar su enfado, musitó:

—Es una manipuladora —y después de sacar la llave amuleto de su bolso, lo frotó contra su vestido, diciendo—: Cuando la abra, todo cambiará —y se recostó, confiada en que pronto obtendría lo que buscaba.

Al mismo tiempo que Nafir leía la nota, Burn obligaba a Amy a subirse al autobús. En el forcejeo, sin percatarse, la orquídea blanca cayó a sus pies. Amy la pisó varias veces con la punta de los tacones y le rompió los sépalos cuando trataba de resistirse a los deseos de Burn, que, finalmente, logró que subiera y le dijo:

—Es por tu bien.

Ella volteó a ver su habitación y observó que la ventana estaba cerrada, las cortinas abiertas y una sombra que se proyectaba hacia el exterior se movía a ambos lados. Eso le dio confianza para encarar a Burn:

—No te saldrás con la tuya.

Él volvió a sonreír, se acercó a ella y le susurró al oído:

—Esta vez sí —y le mostró el arma.

El autobús reanudó la marcha y encendió las luces. Al atardecer, las calles comenzaron a quedarse sin peatones. Amy agudizó la vista para memorizar la ruta y poder regresar a la menor oportunidad.

La puesta de sol realzaba la belleza del río Nilo y, al observarlo y percibir el dulce aroma de las flores de loto que crecían a ambas orillas, se olvidó por un instante del peligro que corría. La suavidad del aire que entraba por la ventanilla refrescaba su rostro y jugaba con su larga cabellera cuando el autobús cruzó el corazón de la ciudad y pasó al lado del milenario templo de Luxor, cuyas puertas estaban flanqueadas por los colosos gemelos de Ramsés II. En ese momento, se evadió de la realidad y se imaginó que era un paseo, pero los nervios la traicionaron al ver que Burn seguía sonriendo y se limpiaba las uñas sin dejar de mirarla. Amy comenzó a temblar al darse cuenta de que no sabía adónde la llevaba. El miedo, finalmente, se había apoderado de ella.

Daryl y Nafir salieron del hotel justo cuando se encendían las marquesinas de los bares y teatros nocturnos, cuyas luces multicolores invitaban a los transeúntes a disfrutar la velada. Cruzaron dos calles y se detuvieron en la esquina próxima a la parada de autobús, buscando alguna pista que los orientara hacia dónde dirigirse.

Daryl dio unos pasos y se acercó al indicador de rutas. Nafir lo siguió y, antes de alcanzarlo, la vio. Yacía en el suelo, maltrecha y agónica. La recogió y observó que cuando el reflejo de la luz la iluminaba, parecía que cambiaba de color y se revitalizaba. Se la mostró a Daryl y le dijo:

—Es una de las orquídeas del hotel.

Sin saber a qué se refería, Daryl le preguntó:

—¿Del hotel?

Nafir le aclaró:

—Sí. Adornan las mesas de centro —y agregó—: La habitación de Amy no la tenía.

Daryl terminó de leer el indicador y afirmó:

—Hay dos rutas, una nos lleva al Servicio de Antigüedades y la otra a Karnak.

Nafir, sin perder tiempo, aseveró:

—Nos tenemos que separar.

Y mientras le hacía la parada al autobús que en ese momento llegaba, agregó:

—Yo tomaré la ruta a Karnak.

Poco después de subir, abrió una de las ventanillas y gritó:

—¡Tú toma la ruta al privado!

"Tengo que encontrarla", pensó Nafir al descender del autobús en el templo de Karnak, situado a 2.7 kilómetros del templo de Luxor. Llegó a la entrada y decidió buscar primero en el templo más pequeño, dedicado al dios Jonsu, y el mejor conservado gracias a que, durante la conversión cristiana, fue transformado en una iglesia cuyo altar se localizaba sobre la mesa de la barca sagrada de este dios.

Empezó a caminar y, aunque la belleza de los templos lo invitaba a admirarlos, sabía que no debía distraerse. Mientras cruzaba con determinación la gran distancia entre ellos, recordó: "Karnak es el complejo religioso más importante del antiguo Egipto, al contar con varios templos y recintos en poco más de 30 hectáreas, siendo el principal el Gran Templo de Amón".

En ese momento, Burn preparaba todo para la iniciación y le contaba a Amy parte de su misión:

—Los sagrados escritos de Horus contienen la evidencia de los misterios que rodean las similitudes entre Horus y Cristo; Osiris y dios Padre e Isis y la Virgen María —y añadió—: Mi deber es conservarlos fuera del alcance de la Iglesia para evitar su destrucción.

Amy, asustada, no escuchaba con claridad ni entendía lo que Burn le decía, aunque decidida a ganar tiempo, le preguntó:

—¿Por qué yo?

Burn volteó a ambos lados al escuchar un maullido y un fuerte golpe a sus espaldas. Desconcertado, fijó su mirada en la puerta del templo para asegurarse de que seguía abierta. Amy aprovechó el incidente, sacó el abrecartas y lo ocultó entre su ropa. Burn continuó diciendo:

—Los sagrados escritos deben llevarse a la práctica para revivir las antiguas enseñanzas de Egipto. A diferencia de otras religiones, las virtudes de una mujer joven, extranjera y conocedora de nuestra historia son ideales para el adoctrinamiento, la enseñanza y su difusión por el mundo.

Ella se acercó sigilosamente al altar mientras Burn acomodaba las copas, lustraba los amuletos y sacaba el sistro, instrumento musical sagrado usado en ceremonias religiosas. Amy se aproximó un poco más, calculó mentalmente la distancia y, aprovechando que Burn estaba distraído encendiendo el incienso, de un salto llegó hasta él y empuñando el abrecartas de hueso de camello, se lo clavó con fuerza.

—Agh —gimió Burn al sentir la hoja estrecha y puntiaguda que se introducía en su pierna derecha, mientras intentaba sacar su arma. Sin embargo, Amy la sujetó con ambas manos, se la arrebató y la lanzó lejos. Luego, corrió para cerrar la entrada del templo de Jonsu y buscó frenéticamente la salida del recinto amurallado de Karnak, con muros de 8 metros de grosor y 2400 metros de perímetro. A pesar del dolor que le causaban sus zapatos de tacón alto, siguió corriendo al ver que Burn, quejándose del dolor, la perseguía y poco a poco acortaba la distancia entre ellos.

La luna parecía conspirar en contra de Amy. Aunque habían pasado cinco noches desde la última luna llena, todavía brillaba intensamente. Burn se detuvo, buscando su arma en zigzag por los alrededores del lugar donde había oído el sonido que produjo al caer y golpear el adobe. Al percatarse de que ya no la seguía, Amy se quitó los zapatos y corrió desesperadamente hacia la salida del complejo.

A mitad de camino, Amy distinguió a lo lejos la silueta de un hombre cojeando y avanzando en línea recta. Dudó por un momento en pedirle ayuda, sabiendo que otros cómplices de Burn podrían estar buscándola también. Esperó hasta que el temor superó su precaución. Intentó gritar, pero el sonido quedó atrapado en su garganta. Asustada, lo intentó nuevamente sin éxito, mientras sus ojos se abrían de par en par y comenzaba a sudar copiosamente.

Mientras tanto, Nafir cojeaba en busca de alguna pista sobre el paradero de Amy. No se percató de que ella intentaba pedirle ayuda, y asumió que no estaba cerca, por lo que continuó buscando en otra dirección, alejándose de ella.

Desesperada, Amy murmuró en lugar de gritar; apenas se escuchó que decía: "Aquí. Auxilio". No obtuvo respuesta y, al ver que Burn la seguía, entró en pánico.

Nafir se detuvo, confundido, y observó el cielo. El espacio dentro de Karnak era enorme y las nubes amenazaban con ocultar la luna. No podía perder tiempo. Debía aprovechar la luz. Dio media vuelta y retomó el camino hacia el templo de Jonsu.

Al darse cuenta que la silueta regresaba y se acercaba a ella, Amy gritó con todas sus fuerzas:

—¡Auxilio!

Nafir volteó al escucharla y, sin importarle el dolor en su pierna, corrió hacia ella temiendo lo peor. Aunque Burn estaba lejos, logró oír el grito, los vio y se ocultó.

Exhausta por el esfuerzo, Amy se detuvo y se puso los zapatos. Esperó la ayuda y, al reconocer a Nafir, comenzó a sollozar. Temblando incontrolablemente, lo abrazó. Él la sostuvo, la abrazó con ternura y le aseguró:

—Ya pasó. Conmigo estás segura.

Permanecieron juntos unos instantes hasta que oyeron el "clic" de una pistola. Se separaron y ella gritó:

—¡No!

Sangrando levemente y sin prestar atención a su herida, Burn arrastró la pierna, se interpuso entre ellos, agarró a Amy del brazo y afirmó:

—No tan segura, doctor.

Mientras los amenazaba con el arma, les advirtió:

—Sin trucos o disparo.

Nafir notó que Burn estaba tambaleándose y pensó que sería relativamente fácil derribarlo, pero se contuvo al considerar el riesgo para Amy. Entonces, preguntó:

—¿Qué quieres?

Burn soltó una carcajada y respondió:

—El doctor y sus buenos modales.

Esto enfureció a Nafir, quien casi perdió el control. Estuvo a punto de arriesgarlo todo cuando, amparada en la oscuridad, apareció la silueta de un hombre. Se escuchó un golpe seco y vieron cómo Burn caía y soltaba el arma, la cual se disparó al golpear el suelo, rompiendo el silencio y creando un eco que resonó en las gruesas paredes de la muralla. Se miraron y Nafir preguntó:

—¿Están bien?

Amy, ya sin fuerzas, se limpió el rostro y, emocionada, abrazó a Daryl y lo besó varias veces. Nafir se unió a los abrazos y celebró que ella estuviera a salvo. Daryl, sin responder, soltó la pesada piedra y, con su mano derecha, se sujetó el antebrazo izquierdo. Amy se alarmó al ver sangre en su blusa de encaje de seda blanca y, volteando a mirarlo mientras sacaba una pañoleta de su bolso y lo atendía, exclamó:

—¡Te hirió!

Daryl gesticuló, le acarició el cabello y murmuró:
—No es nada, solo un rasguño.

Amy suspiró aliviada. Desconocía la razón, pero su corazón latía más aprisa que antes.

Hotel Sokar

Luxor – Egipto.

Poco después, los tres regresaban al hotel. Nafir acompañó a Amy a su habitación. Ella estaba exhausta y confundida. Además del nerviosismo que le impedía calmarse, se sentía incómoda por su reacción al abrazar y besar a Daryl. La zozobra de días anteriores la invadió nuevamente. No lograba definir sus sentimientos. Por un lado, agradecía su ayuda y, por otro, ya no confiaba en él. No le perdonaba haber robado su mensaje cifrado. Estaba absorta en esta indecisión cuando escuchó la pregunta de Nafir:

—¿Cómo te sientes?

Ella no supo qué contestar y solo dijo:

—Gracias, doctor.

Esta respuesta, algo inesperada, lo obligó a preguntar:

—¿Necesitas ayuda?

Amy seguía debatiéndose consigo misma. No quiso inmiscuirlo en sus asuntos personales, por lo que contestó:

—No es necesario.

Él se separó lentamente y dijo:

—Entonces, mañana regreso.

Amy contestó con otra pregunta:

—¿Mañana?

Él le mostró el fragmento y aclaró:

—Ah. Con todo esto, no te dije que ya lo tengo.

Los ojos de Amy se abrieron de la sorpresa, y exclamó:

—¡Magnífico!

Enseguida cogió el fragmento y lo guardó en su bolso. Nafir observó que se alegraba con la noticia y le deseó buenas noches. Luego, salió del hotel y se dirigió al Valle de los Reyes.

Entretanto, Daryl se encaminaba apresuradamente al cuarto de Sofía. La había invitado a cenar y, aunque ya era más tarde de lo acordado, quería cumplir con su promesa. Salió del elevador y tocó levemente a la puerta. Sofía, entre sueños, escuchó los golpecitos y se revolvió entre las sábanas aterciopeladas color verde turquesa. Estaba obsesionada con los verdes; necesitaba tenerlos cerca, envolver su cuerpo con ellos. De joven, cuando más insegura se sentía, le aconsejaron que sus ojos se destacarían más y le ayudarían a disimular

lo prolongado de su rostro si usaba el verde como base y lo contrastaba con colores que les dieran luz y profundidad para crear un efecto que resaltara también sus pómulos. Volvió a escuchar toquidos y, esta vez, se incomodó por la interrupción. Apartó las sábanas, trató de levantarse y, amodorrada, preguntó:

—¿Quién?

Daryl ya caminaba hacia el elevador cuando la oyó. Se dio media vuelta y se apresuró a contestar:

—Soy yo.

Ella, al reconocer la voz, volvió a cubrirse con las sábanas, se acomodó en la cama y, con desgano, dijo:

—Déjame dormir.

Sofía continuó soñando que llegaba a Alejandría y que por fin abría la bóveda, pero se decepcionaba al ver que no había nada adentro. En ese momento, la pesadilla la despertó. Se levantó y rápidamente se puso la bata. Abrió la puerta y salió en busca de él. Al no verlo, gritó desde el pasillo con todas sus fuerzas:

—¡Daryl!

Aunque el grito retumbó entre las habitaciones y pasillos, Daryl no lo oyó. Ya se había marchado y se dirigía al campamento en Deir el-Bahari. En su lugar, varios huéspedes, molestos por el grito, respondieron:

—¡Silencio!

En el momento en que Daryl se marchaba, Celia se registraba en el hotel y Lurgi seguía hacia el campamento en Dra'Abu el-Naga'. La relación entre ellos había empeorado, y, aprovechando que ya era de noche, Celia se alejó de él. Poco después, salió del ascensor y caminaba hacia su habitación cuando se encontró con Sofía, quien, sin importarle los huéspedes, volvió a gritar:

—¡Daryl!

Celia observó a Sofía, quien vestía un kimono de seda negro con rosas verdes estampadas a ambos lados, que apenas la cubría. Sofía gritaba nerviosa y con su mano izquierda trataba de acomodarse su desordenado cabello. A pesar de la inquietud que le causó esta escena, Celia se controló y la saludó cortésmente al acercarse a ella. Sofía volteó a verla y, sin moverse del centro del estrecho pasillo, se miraron fijamente y sonrieron levemente. Sofía alcanzó a ver la medalla plateada de la Virgen María, su equivalente de Hathor, destacándose a través de la blusa translúcida de Celia cuando ella pasó a su lado. Después de un momento de indecisión, Sofía le devolvió el saludo y la siguió con la mirada.

Celia se sintió algo incómoda y trató de controlarse, pero al llegar a su puerta, aún sintiendo la mirada sobre su espalda, se detuvo, dudó un instante y se giró. Entonces vio que Sofía seguía allí, sonriendo con serenidad, y le mostraba el amuleto que colgaba de su alargado

cuello. Enseguida entró a su habitación, se puso ropa de dormir y repasó lo ocurrido en los días anteriores. No entendía por qué los sacerdotes coptos les negaban el papiro. Se lo imaginó fuera de su alcance y se preguntó:

—¿Dónde estará?

Aunque carecía de pistas, su plan era descansar esa noche y continuar la búsqueda por la mañana. No tenía idea de que el papiro estaba muy cerca de ella, prácticamente a su alcance.

Horas después, Burn recuperaba la conciencia, se llevaba la mano a la nuca y sentía punzadas en su pierna derecha. Aunque la sangre ya se había coagulado, el dolor era insoportable. No sabía cómo había llegado a su privado. Lo último que recordaba era que perseguía a Amy en el templo de Karnak. Buscó su arma corta y no la encontró. En su lugar había una nota firmada por ella que decía: "La próxima vez no tendrás tanta suerte". Furioso, intentó levantarse; se mareó y tuvo que volver a sentarse. Dirigió la mirada al cuadro de la diosa Hathor y le habló a la imagen, diciendo:

—Esta vez te fallé, pero el plan sigue en marcha.

La sonrisa burlona se había evaporado, dejando en su lugar una mueca.

Deplorando lo sucedido, murmuró:

—Los golpes psicológicos duelen más que los físicos.

Se dio cuenta de que había subestimado a Amy, y escribió un telegrama pidiendo refuerzos.

Poco después se recostó para tratar de descansar, pero el sueño lo atrapó. Mientras su cuerpo caía rendido, su mente ya comenzaba a distorsionar los hechos.

—Me vengaré —rumiaba, creyendo, en su delirio, que todo había sido una pesadilla.

Fernando Perales